

Abaddón el exterminador: El Apocalipsis de los desaparecidos

Alejandro Hermosilla Sánchez

Resumen

El artículo tiene como objetivo analizar la novela de Ernesto Sábato, *Abaddón el exterminador*, desde un punto de vista mítico-simbólico para enlazarlo con la realidad social de la Argentina de la década del '70. Para ello, se relaciona la obra de Sábato con la de críticos, como René Girard, con el objeto de realizar una interpretación que pueda mostrar la novela como una lúcida profecía de su tiempo así como una manifestación de fe en el ser humano enfrentado a un túnel cegado de enemigos empeñados en que sucumba en su intento por construir una vida digna de ser vivida en comunidad o en soledad.

Palabras clave: Apocalipsis – exilio – huérfano – olvido – recuerdo

Summary

The purpose of this paper is to analyze Ernesto Sabato's novel *Abaddón el exterminador* from a mythic and symbolic perspective, and to link it with the social reality of Argentina in the 70's. Accordingly, the work of Sábato is linked to the work of critics such as René Girard, in order to come up with an interpretation which may be able to introduce the novel as a enlightened prophecy of his time, as well as a manifestation of faith in human beings facing a tunnel full of enemies who strive to drown their attempts of working towards a life worthy of living alone or within a community.

Key words: Revelation – exile – orphan – oblivion – remembrance

“Vi otra bestia que subía de la Tierra. Tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero pero hablaba como un dragón.

Se le otorgó el poder de infundir vida a la estatua de la bestia, hasta el punto de lograr que la estatua hablara y que hiciera morir a cuantos no se postraran ante la estatua de la bestia.

También hizo que a todos, tanto a pequeños como a grandes, a ricos y a pobres, a libres, a manumitidos y a esclavos, se les imprimiese una marca en su mano derecha o en la frente; y que nadie pudiese comprar ni vender, sino el que tuviera la marca o el nombre de la bestia, o la cifra que daba su nombre”.

Apocalipsis de San Juan 13:11-17

INTRODUCCIÓN

Si algo me parece fascinante de *Abaddón el exterminador* (1974), es la perplejidad que causa el hecho de que una novela que se propone dar testimonio sobre la crisis de fe del hombre contemporáneo e intenta desbrozarla a través de una

Enfoques XIX, 1-2 (2007): 27-44

profunda exploración sobre las fuerzas mágicas y telúricas que configuran la conciencia moderna, intentando demostrar las raíces míticas del actual cientificismo, haya podido –según la lectura que realizo de la misma– llegar a vislumbrar o profetizar el futuro reciente de la Argentina. De hecho, considero que una novela como *Abaddón* que quiso ser “total” y contener en la misma –en verdad muchas veces de manera desequilibrada– literatura epistolar, retazos periodísticos, ensayos o incursiones por la conciencia a la manera de Joyce; y que no duda en combinar ficción y realidad de una manera desacomplejada, no podría cerrarse del todo sin asistir a los acontecimientos que acaecieran en la Argentina después de su publicación y de la lectura del texto que Sábato escribiera en el Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, *Nunca más* (1984).

En efecto, en *Abaddón el exterminador* el flujo narrativo se une de tal manera a la realidad que ante el fluir discursivo de la obra es inevitable que, tanto el lector, como el autor y los ciudadanos de la Argentina, se vean reflejados en ella, y los personajes en la realidad, finalizando una tarea que ya se venía configurando desde los primeros pasos narrativos de Sábato, pero que, sólo en este momento, se verá completada.

Una de las muchas conclusiones que se pueden extraer de la inclusión de Sábato en la realidad de su obra (indagando en el ya clásico recurso cervantino –y que con tanta fortuna fuera tratado por André Gide en *Los monederos falsos*–) que me interesa, en principio, no es sino la que tiene que ver con la búsqueda sin freno, a lo largo de toda su obra, interrogándose sin pausa alguna por el carácter de la nación Argentina. De hecho, es en esa pregunta donde encuentro la motivación primera que lleva a Sábato a dar testimonio de sus anhelos, dudas y ensueños en *Abaddón el exterminador*.

EL CONTEXTO SOCIO-POLÍTICO DE ABADDÓN

Si nos fijamos, en los años que van de la publicación de *Sobre héroes y tumbas* (1961) a *Abaddón el exterminador* (1974), los problemas de la sociedad argentina, lejos de atenuarse, se continuaban agrandando y auguraban un futuro apocalíptico y trágico. Como nos indican Floria y Belsunce: “El periodo 1955-66 implica una profundización de la crisis que venía padeciéndose desde 1930 y que alcanzaría su expresión culminante en la Argentina violenta de los años 1966 a 1983”.¹

¹ C. Floria y A. García Belsunce, *Historia de los Argentinos II* (Buenos Aires: Larousse, 1992), 431.

Ni las presidencias de Arturo Frondizi o José María Guido ni la de Arturo Illia pudieron realizar un esfuerzo eficaz para frenar la llama violenta que enfrentaba radicalmente a distintos bandos de la sociedad argentina por el poder, el advenimiento del nuevo golpe de Estado de 1966 y la llegada de una época que, significativamente, fue conocida como la de “los años ciegos”.

En realidad, creo que es difícil comprender el estado de inseguridad y fragilidad que transmiten la mayoría de personajes de *Abaddón el exterminador* sin intentar comprender esta realidad que desplazó la lucha precedente entre peronistas y antiperonistas por el enfrentamiento entre “una Argentina militar que coexistió con otra Argentina ‘militante’ (...) para atrapar entre sus tenazas a una sociedad civil impotente en medio del ‘estado de naturaleza’ en el sentido de la clásica descripción de Thomas Hobbes en el Leviatán”.² La ceguera de los mismos golpistas que entroncaron en la presidencia al teniente general Juan Carlos Onganía fue exactamente reconocida años más tarde por el general retirado y futuro presidente de la nación Argentina Alejandro Agustín Lanusse, pero ya lo reflejaba el nombre (Revolución Argentina) con que los militares habían bautizado su acto. El Reino de las Tinieblas venía a instalarse de nuevo en la Argentina, amenazando quedarse para siempre y sumirla en un pozo de autodestrucción definitiva. La intervención policial en la Universidad Argentina en la famosa “noche de los bastones largos” o la violenta represión militar que siguió a las revueltas estudiantiles en 1969, en el denominado “Cordobazo”, lo atestiguan. Desde luego, facilitaron la aparición del grupo guerrillero de Los Montoneros, quienes hicieron su acto de presentación pública secuestrando al ex presidente Pedro Eugenio Aramburu, hecho que, a su vez, aceleró la caída de Onganía y la radicalización violenta del gobierno y las tropas militares que, tomando una decisión en principio incomprensible, colocaron en la presidencia al general Roberto Marcelo Levingston. Un presidente que no pudo hacer nada por luchar contra el sistema político radicalmente violento que su misma presencia refrendaba y que justificó el crecimiento progresivo de Los Montoneros y la creación, ya con Lanusse en el poder, del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). En esta situación, como nos señala Michèle Soriano:

Perón, desde su exilio, proyecta la amenaza de una guerra civil (“después del Cordobazo, el Argentinazo”) para capitalizar su poder al animar el ala izquierda del peronismo (juventud y grupos guerrilleros); mientras que las fracciones más poderosas de la clase dominante se niegan a compartir una solución política que pudiera disminuir su hegemonía y prefieren el recurso a la represión, que les permitiría “profundizar” la

² Ibid., 450.

política económica de la Revolución Argentina. A la vez, ciertas fracciones de las Fuerzas Armadas (sobre todo la Marina) desean “limpiar” el país antes de entregarlo a la democracia.³

Si atendemos a reconocer estos hechos, me parece lógico que *Abaddón* dé comienzo –luego de los acontecimientos primeros fechados el 5 y el 6 de enero de 1973 y que ya prefiguran como fuera habitual en la narrativa de Sábato el desenlace de la novela– con unas reflexiones –más bien un rezo, una plegaria– de Bruno, en las que no puede menos que confesar su deseo último de detener el tiempo para, o bien no tener que asistir al nacimiento de esa violenta Argentina por la que camina o forjar en su memoria únicamente la historia mítica y falsa que un día todos los ciudadanos de la Argentina quisieran creer sobre su patria:

¡Denténte, oh tiempo! (...) Paraliza aquí mismo la vida. Deja que para siempre subsistan las líneas punteadas de la Expedición al Alto Perú. Que jamás deje de ser immaculado, con su uniforme de parada, señalando con su índice enérgico hacia Chile, el general José de San Martín. Que nunca sepan que en aquel momento marchaba enfermo sobre una mula y no sobre un hermoso caballo blanco, cubierto con un simple poncho, encorvado y cabiloso, enfermo. Permanezca para siempre aquel pueblo de 1810 frente al Cabildo, esperando bajo la llovizna la Libertad de los Pueblos. Sea aquella revolución pura y perfecta, sean eternos y sin manchas sus jefes, no haya jamás debilidades ni traiciones, no muera abandonado e insultado el general Belgrano, no fusile Lavalle a su antiguo camarada de armas ni reciba ayuda de extranjeros. No muera pobre y desilusionado en una remota ciudad de Europa, mirando hacia América, apoyado en su bastón de enfermo, el general José de San Martín.⁴

Es desde el punto de vista de las circunstancias temibles que asolaron al pueblo argentino durante las décadas del '60 y del '70, como entiendo que Sábato,⁵ el personaje, profundiza aún más en la misteriosa conjuración de la secta de los ciegos que aparecía en un lugar predominante en *Sobre héroes y tumbas*. Las circunstancias vividas en la Argentina se lo piden, se lo reclaman y debe volver a dejar testimonio –aun acaso contra su voluntad– de esta realidad, para investigar el conflicto irresoluble en que él y todos los ciudadanos de su país se encuentran inmersos. El problema es que tampoco él

³ Michèle Soriano, *Ernesto Sábato, gnosis y apocalipsis: Estudio sociocrítico de Abbadón el exterminador* (Madrid: Pliegos, 1994), 181.

⁴ Ernesto Sábato, *Abaddón el exterminador*, en *Obra Completa Narrativa* (Buenos Aires: Seix Barral, 2000), 535-536.

⁵ A partir de ahora, cuando escribamos el nombre de Sábato sin acento ha de entenderse que nos estamos refiriendo al personaje de *Abaddón*.

tiene una respuesta clara o, al menos, otra solución, más allá de su convincente lucha e inmersión en las tinieblas de este mundo a través de la creación, y considero que, por ello, Sábato decidió desdoblarse en personaje en su último libro. Muestra así, a todos los ciudadanos de su patria –más en el momento en que el escritor estaba sometido a una presión mass-mediática excesiva y al insistente reclamo de muchos de los ciudadanos por encontrar en él al benigno y sabio patriarca que jamás gobernara la Argentina– que se encuentra sometido a la misma situación de indefensión que ellos. Esta es una de las primeras intenciones de Sábato: reconocerse él mismo huérfano, hijo de Caín. Por ello, cuando Martín lo encuentre en la realidad novelada, él mismo deberá reconocerse huérfano: “soy un huérfano, se dijo Martín, con tristeza, y sin saber porqué”.⁶ El mismo creador que lo había retratado no tiene respuesta a las preguntas que a él o a Juan Pablo Castel lo martirizaban y lo angustaban. Es un ciudadano más, angustiado por una patria compuesta de hijos sin nombre y condenada al olvido e incluso llega a considerar, en su impotencia por encontrar una salida constructiva a su desesperada situación, la vía violenta: “Aquí lo único que podía habernos salvado era una buena y saludable guerra nacional, digamos hace unos cincuenta años”.⁷ Lo que le viene a recordar a Martín una dolorosa verdad que, acaso, todavía no está en condiciones de comprender en su totalidad, pero en cuya aceptación está su futuro crecimiento como persona y personaje ya lejos de la mirada de Sábato y de Bruno: todos los ciudadanos de la nación Argentina son huérfanos de padre y madre. Los perdieron en el momento de llegar a América y por voluntad propia en las guerras de la Independencia. De hecho, su última conversación con Bruno no apunta a otro asunto sino a la necesidad de crecer –a pesar de las dudas y las incertidumbres– al mal que los emplazó en aquella tierra y al misterio sin resolver de la existencia de Alejandra o Georgina. Es natural que esta conversación finalice punteada con el sordo recuerdo del sonido de la sirena de un barco lejano del que bajaran los ascendentes de Bruno, Alejandra, Sábato y Martín: “Y tal vez (seguramente) volvió a oír la sorda sirena de un barco lejano, como en aquel no creíble tiempo de su primer encuentro. Y tal vez (seguramente) sus ojos la buscaron absurda y dolorosamente entre las sombras”.⁸

De esta manera, la novedad que presenta *Abaddón* con respecto a las novelas anteriores es precisamente el reconocimiento total y absoluto de esta

⁶ *Ibíd.*, 660.

⁷ *Ibíd.*, 664.

⁸ *Ibíd.*, 678.

orfandad que muchos de los personajes hacen, ayudados por un Sábato que, ubicado en el interior de la novela, es el primero en reconocerla. En este sentido, a pesar de sus tonos sombríos, *Abaddón* ofrece luz y claridad a su situación. No la luz de una pretendida y artificial paternidad sino la luz gnóstica del conocimiento que permite a los protagonistas de su obra asumir, de una vez, su situación real: la orfandad, la indefensión y su enajenada ubicación más como extranjeros que como habitantes reales de una tierra que no les pertenece. Proceso este, en definitiva, que Sábato realiza para que comprendan que el exilio no radica en su ubicación en la tierra argentina sino en el mero hecho, como lo entiende la gnosis, de estar constreñidos a un cuerpo y, por tanto, indefectiblemente a una existencia terrena donde el espíritu está encadenado. A esto apuntan, por ejemplo, esas hermosísimas palabras de Bruno al final de *Abaddón*, gracias a las que su tan querido personaje –testigo de la historia del país– manifiesta sin ambages su orfandad en palabras dedicadas a Georgina: “Entre los despojos de tu cuerpo/ entre gusanos hambrientos y febriles,/ aun allí estará mi alma,/ como un antiguo habitante de la tierra devastada,/ ya sin hogar y patria,/ como un huérfano que busca a los seres queridos,/ entre gritos anónimos/ y escombros”.⁹

LA ANGUSTIA DE JOB: UNA ÉTICA DE LA RESISTENCIA

Por estas circunstancias y teniendo en cuenta las circunstancias violentas anteriormente relatadas, acaecidas en la Argentina durante las décadas del '60 y del '70, cuyo eco resuena constantemente por *Abaddón* y la suerte fatal que sufrieran tantos escritores de la sociedad argentina –véase la triste muerte de Rodolfo Walsh años después de la aparición del libro de Sábato– me resulta, en verdad, muy plausible considerar que además de las razones apuntadas anteriormente, Sábato decide desdoblarse en personaje dentro de su libro por motivaciones muy concretas: expresar, como Job, la angustia que le supone pensar en que puede ser nueva víctima de este estado de cosas. Consigue así dejar un testimonio alucinado, a través de la creación, del destino violento en el que habría de sumergirse el país argentino años más tarde, y por el que siente que indefectiblemente puede ser afectado.

Exactamente, yo también creo –como lo piensa Girard de Job en su excelente reflexión en *La ruta de los hombres perversos*–, que Sábato deja testimonio de sus pensamientos porque tiene miedo de ser el nuevo chivo

⁹ *Ibíd.*, 888.

expiatorio de la comunidad.¹⁰ Verdaderamente, *Abaddón* es la novela del miedo; miedo al mal y a lo oculto. Miedo de Sábato, el intelectual, a ser atrapado definitivamente y engullido entre las dos facciones irreconciliables de la sociedad argentina. Miedo del escritor al exilio y la soledad en su propia patria. Miedo del artista que, lo quiera o no, está condenado a mostrar la verdad o, al menos, su verdad sin ambages, del peligro de ser defenestrado por la misma sociedad que lo encumbraba, más allá de su voluntad, como guía de su pueblo. Miedo de tantos artistas argentinos a perecer confundidos entre la voracidad de una masa que necesita fagocitar a quienes sueñan con levantar la bandera blanca de la paz o que animan a los dos bandos a reflexionar sobre los motivos de su comportamiento irracional. Miedo de perecer como uno de sus personajes más queridos, Marcelo Carranza, por negarse a traicionarse a sí mismo y a sus propias convicciones. Miedo de ser el suicidado por su sociedad como observara Artaud de Van Gogh, antes de correr el mismo destino que éste. Miedo de quienes, como Edipo, Job o Cristo, fuesen encumbrados como reyes de su pueblo, saludados con salves a su paso y, más tarde, fueran expulsados de la comunidad, ajusticiados como víctimas en el momento en que, consciente o inconscientemente, revelaron con un gesto su caída o con unas palabras los mecanismos violentos e incestuosos a través de los que los justos de la sociedad habían establecido su mandato. Miedo de Cristo a revelar las mentiras del templo de los abelitas y ser nombrado víctima propiciatoria por éstos para que el furioso pueblo cainita tome revancha sobre la indefensa persona de aquel que quisiera ser su portavoz. Y, por supuesto, miedo de quien ha desvelado las mentiras del texto oculto guardado con celo por los sacerdotes judeo-cristianos de la Argentina y siente que el fuego de las balas, el dragón del Apocalipsis y su ángel, Abaddón, pueden caer sobre él.

Sin embargo, ahí está la grandeza de *Abaddón*, a la que considero una obra de testimonio e indagación; un ensayo real en diferentes tiempos. A pesar del mal de un texto o novela que ha de ser medido únicamente a partir de sus cualidades estéticas. A pesar del miedo que genera esta realidad, Sábato penetra en ella. Es en ese acto de valentía, que resuena por un texto que

¹⁰ Nos dice René Girard: “El chivo expiatorio es un ídolo fracasado. La ascensión y la caída están unidas. (...) Job es la víctima (...) de una opinión pública visiblemente inestable, caprichosa, extraña a toda moderación. Él no parece más responsable de este cambio que Jesús lo es (...) entre el domingo de Ramos y el viernes de la Pasión. Para que exista esta unanimidad en los dos sentidos, un mimetismo de la multitud debe actuar cada vez. Los miembros de la comunidad se influyen recíprocamente, se imitan los unos a los otros en la adulación fanática y después en la hostilidad más fanática todavía”. René Girard, *La route antique des hommes pervers* (Paris: Éditions Grasset & Fasquelle, 1985), 19-20. (Traducción del autor).

parece crujir y temblar de pánico conforme intentamos descifrarlo –mucho más allá de las intenciones desmesuradas, desmedidas y sin freno de Sábato por llegar a componer una novela total, a tono con el hombre nuevo, que exige que se levante sobre esta tierra– donde encuentro el gran mérito de *Abaddón*. Un libro –y esto está mucho más claro, en esta ocasión, que en *Sobre héroes y tumbas* o en la precisa, escueta y casi matemática *El túnel*– que llega, a mi entender, a acertar el futuro de la Argentina de una manera precisa, por y gracias a los errores que lastra su, muchas veces, difícil lectura. El mismo Sábato, como personaje de su libro o como ensayista, lo ha repetido en muchas ocasiones. Las ficciones no son sino una manifestación y consecuencia de las luchas que se producen en la realidad; y pretender que Tolstoi, Dostoievsky o Arlt intenten aguzar el estilo, cuidar el adjetivo, cuando está en juego la vida o el destino de sus personajes es un oxímoron. Esto es imposible si, como lo han hecho gran parte de los autores apocalípticos de nuestra época, de los que Sábato se siente parte, entendemos, frente a los integrados –siguiendo aquí la ya clásica definición de Umberto Eco¹¹ que la creación es una investigación profunda, a ciegas por la psique del ser humano que desvela las franjas abiertas a partir de las que se resquebraja la sociedad de la que forman parte. Son ellos quienes perciben el nuevo movimiento sísmico que quebrará la sociedad de la que forman parte y que los reduce al tormento y, tantas veces, a la soledad. Es también gracias a ese acto inaudito y a su deseo de dar testimonio de esta verdad, como el mal es derrotado. La cuestión que, según Sábato, se encuentra en el fondo de la existencia del arte –y la razón por la que aún merece la pena seguir escribiendo–, no es tanto pensar que, a pesar de la existencia del arte siguen y seguirán produciéndose guerras, muertes y conflictos, sino cuántas muertes y guerras más hubiesen desangrado a la humanidad si no existiera la posibilidad de escribir un libro. Es decir, tomar conciencia de que, si a pesar de la existencia de la obra de arte el hombre fue capaz de crear la bomba atómica, esa misma bomba y su poder se hubieran multiplicado al infinito hasta acabar finalmente con el ser humano sin aquella posibilidad.

Creo que si en *Abaddón*, Sábato extiende los dominios de su narración hacia Occidente, es por el hecho concreto (que, en este caso, lo emparenta con otros escritores de su patria como Abel Posse) de que es desde el dominio, oculto pero aún presente en Argentina, de lo mágico-telúrico americano; desde la constatación de una América que se mecía en el no-ser y no-estar antes de la llegada de Occidente, y que únicamente pudo tener noción

¹¹ Umberto Eco, *Apocalípticos e integrados* (Barcelona: Lumen, 1990).

del mal tecnológico o la existencia del diablo –al menos en Argentina– a partir de este primer contacto; desde donde se puede pensar mejor la crisis de fe occidental. No sólo esto, América es, en realidad, el lugar ideal a partir del cual hacer gnóstico a Occidente, comprender sus mitos, su “fetichismo” científico y volver a reinventarlo. Por ello, pienso que en *Abaddón*, como le sucederá al mismo Sábato en el transcurso de su desarrollo narrativo siguiendo el camino ya inaugurado por Fernando Vidal, la atención del narrador se desdobra y se dirige –aun teniendo siempre en primer plano la realidad americana, argentina en la que se circunscribe– a Occidente; de esta manera intentará “animizar” la filosofía racionalista de Occidente que, de la mano de Sábato, observamos imbuida de misticismo, de un soterrado esoterismo en su fondo más oculto y encerrada en una caverna de sombras –tal y como pudiera concebirla Moravia–, más amplia que el continente americano. Precisamente, por haber querido sustraerse a la procelosa duda que desequilibrase a Descartes y le condujese al intento de crear todo un sistema cerrado, es allí donde la conciencia total del ser humano se ha separado aún más de la noción de origen por temor a enfrentarse con las tinieblas del “*tobou-bobou*” originario.

En realidad, el proyecto Ilustrado, educativo y racional francés que se encuentra en el germen de buena parte de los procesos internos que desembocarían en la Revolución de 1789, el ascenso de Napoleón y la Independencia Americana, como lo observaran con precisión Nietzsche, Heidegger o Foucault, –en una vía a la que Sábato se enfrentará desde su propia experiencia en sus diversas visiones, encuentros y peripecias con distintos integrantes de la secta de ciegos en París–, no se ocupó jamás del hombre. Todo lo contrario, lo negó.¹² La idea del “buen salvaje” de Rousseau es una de las mayores puñaladas que se pudieran conceder al incomprendido Caín; es una de las más retorcidas mentiras gracias a la que los abelitas

¹² Dice Jean Jacques Rosseau en una reflexión que puede servir de ejemplo del porqué de la lucha establecida por Nietzsche o Sábato contra el progreso racional y lumínico de la Ilustración: “Es la razón la que engendra el amor propio, y es la reflexión la que lo fortifica; es ella la que repliega al hombre sobre sí mismo; es ella la que lo separa de cuanto le molesta y aflige; es la filosofía la que lo aísla; por ella es por lo que dice en secreto, ante la visión de un hombre que sufre: parece si quieres, yo estoy a salvo. Sólo los peligros de la sociedad entera turban el sueño tranquilo del filósofo y le arrancan de su lecho. Se puede degollar impunemente a un semejante bajo su ventana; no tiene más que taparse los oídos y argumentar un poco para impedir a la naturaleza, que se revuelve en él, identificarle con quien se asesina. El hombre salvaje no tiene ese admirable talento; y faltar de sabiduría y de razón, se le ve siempre entregarse atolondradamente al sentimiento primero de la humanidad. En las revueltas, en las peleas callejeras, el populacho se agolpa, el hombre prudente se aleja”, en Jean Jacques Rosseau, *Discurso sobre el origen y los fundamentos sobre la desigualdad entre los hombres*, en *Obras Selectas* (Madrid: Edimat Libros, 2000), 297-298.

pudieron hacerse con el control de la tierra –y no es vano recordar aquí que las guerras de Napoleón, más allá de su ideología, son de ocupación de otros territorios, frente a las americanas que son, en principio, de liberación– y que late en lo profundo de la imagen canibalesca que Europa se forja de los “salvajes” indígenas y, por supuesto, en buena parte de la ideología y la obra de Sarmiento. Es, en el fondo, un camino abierto para instaurar el siguiente monoteísmo –el científico– de un poder más vasto y peligroso que el religioso en cuanto a que instaura una verdad ya no basada en haber pensado poseer el nombre de Dios. No. La ciencia se presenta ya como ese mismo Dios, absoluto y excluyente para quien quiera discutir sus dictados basados en su verdad verificable y demostrable. Y el proceso, en verdad vasto e inabarcable, que dio lugar a la creación de la bomba atómica es narrado aquí de una manera sintética, fría y objetiva, con el propósito de que comprendamos hasta qué punto la comprensión científica del mundo puede llegar a acabar con la pluralidad y con toda organización humana, ética o religiosa, obviándola categóricamente.

Profundizando un poco más en el problema que plantea la autonomía científica al hombre, como lo trata de explicar Nemo a partir de su reflexión sobre *El libro de Job*, lo que descubre al ser castigado inmisericordiosamente por la ley, es la no neutralidad de la ley; y del evento científico que se funda a partir de la misma: “Job encuentra un mal no neutro, que no se contenta con asesinarle, que no quiere asesinarle y le prohíbe incluso morir: un mal que le tortura, eterniza su dolor y hace del mismo un infierno”.¹³ Y, en este sentido, la ciencia se establece como un dominio que impone su ley a partir “del olvido mismo de la ley”.¹⁴ De esta manera, como afirma Nemo, “Job se encuentra por tanto confrontado con un ‘Dios’ que (...) no es seguramente el de la ley, (...) que es el Otro del mundo como ley (...) una ‘nada’ ”.¹⁵ Un innombrable que puede ser la masa cegada de los ciudadanos volcando su necesidad de venganza sobre el individuo Job; la presencia fortuita de la divinidad diabólica, según el gnosticismo, cualquiera que sea su nombre, que se arroga el poder sobre el hombre una vez que lo enfrenta al existir y la ley o la ciencia que, realizando un engaño diabólico, le prohíben desestructurar los principios de una realidad que han debido violentar para imponerse. Esto viene a ser el anatema ante el cual se enfrenta Caín sin poder soportar su radicalidad

¹³ Philippe Nemo, *Job et l'excès du mal* (Paris: Éditions Grasset & Fasquelle, 1978), 162. (Traducción hecha por el autor).

¹⁴ *Ibíd.*, 153.

¹⁵ *Ibíd.*, 151.

excesiva forjada en la arbitrariedad como, asimismo, lo hará Sábato, mostrando en *Abaddón* aquel momento decisivo para la historia de la humanidad en que se produjo la fisión del átomo, germen de la futura bomba atómica. De hecho, lo que Sábato intenta que comprendamos es que la actual dictadura científica y la raíz ideológica que daría lugar, por ejemplo, a la creación de la bomba atómica; sólo es comprensible para Job y el hombre común en el momento en que puede realizar una mirada que traspasa los límites cegados de la realidad gnóstica y, como lo entiende Nemo, toma conciencia de que “el derecho de compartir la herencia de Dios” supone “heredar su combate contra el mal”.¹⁶ Esto es, que si entendemos al hombre como heredero de lo divino, su sufrimiento no es sino una manifestación de la misma lucha que sostiene Dios contra el mal y es en su capacidad de sostenerse en pie frente a la adversidad como el hombre le ayuda a cumplir sus inescrutables designios.

GNOSIS Y FE EN EL ESPACIO AMERICANO DE ABADDÓN

Es por todo lo enunciado con anterioridad, que podemos considerar que *Abaddón* es, en el fondo, y desde el mismo hecho que implica su existencia, no un mensaje apocalíptico sino de fe en el ser humano, aun y a pesar de todos los horrores que muestra en su seno, que permite gracias a la mitificación que hace de la realidad, más allá de *Sobre héroes y tumbas* y *El túnel*, que cada uno de sus lectores pueda iniciar o continuar una investigación profunda sobre las raíces y sucesivas encarnaciones de la lucha entre el bien y el mal. En realidad, lo que aprendemos con *Abaddón* es que hacer gnóstico o mitificar no significa simplificar, pues no hay nada más complejo que un mito. En todo caso, significa abrir una vía de comprensión que sólo puede ser sobrenatural y, de ninguna manera científica –que es, como observamos, otra de las vías del diablo– para poder visualizar con claridad esos dos opuestos absolutos, que exigirá integrar para construir el hombre nuevo, que son el bien y el mal.

Siguiendo la ruta trazada por Sábato, es desde el animismo americano; desde el extravío del ser y del lenguaje americano; y desde la realidad exiliada de sus habitantes “sin asiento” sobre la nueva tierra pero, paradójicamente, mucho más volcados –puede que aun a su pesar– sobre la naturaleza, y separados, por tanto, de la técnica y la “civilización”; desde donde se percibe con más claridad la ideología diabólica, regida por un proceso mítico, que hay detrás de la construcción de las torres de saber europeas. Como es América, a

¹⁶ *Ibíd.*, 234.

la vez, el mejor emplazamiento desde el que Caín, esta vez ya sin armas ni rencor y dispuesto a dialogar, puede advertir al Abel occidental que, en realidad, su discreción, pulcra educación de la que hace gala, su vetusta hipocresía y sus elegantes vestiduras, en muchos casos, son fruto y consecuencia del crimen y el asesinato, de la ideología que implantó en los continentes hacia donde fue y que su silencio no puede ocultar. De hecho, es una sutil manera de hacer percibir a los ciudadanos de Occidente que los mismos, aun y a pesar de disfrutar una privilegiada situación sostenida, como supiera Goethe, gracias a su pacto faústico con el diablo, son también “extranjeros” en su propia tierra, alienados; y deberían comenzar a volver a mirar al cielo e interrogarlo para descubrir, asimismo, su condición exiliada como habitantes de este mundo que no pueden, cegados por la luz de la razón y la ciencia, alcanzar a ver.

En suma, el proyecto que pretendiera llevar a cabo Albert Camus, de quien no hemos de olvidar que dedicara su Tesis de Licenciatura al gnosticismo, y el verdadero hecho por el que, podemos suponer actualmente –siguiendo las peripecias vitales y los tormentos sufridos por Sábato en su novela ansioso por revelarnos la verdad gnóstica–, ha sido defenestrado del primer lugar de la cultura oficial del país galo, empeñado en negar sus orígenes bárbaros, al Caín que con tanta destreza retratara y encarnara François Villon.

Y es que, aun a fuerza de presentarse como una novela moderna, *Abaddón el exterminador*, es una obra a contracorriente. No ya porque sea una investigación del inconsciente negado por la cultura occidental, por las aristas de la duda que corroyera el espíritu de Descartes y que, con tanto afán, el teórico francés intentó derrotar construyendo su sistema filosófico sino, sobre todo, en cuanto es un intento casi suicida por refutar a Marx y a gran parte de los teóricos que durante todo el siglo XX estuvieron a la cabeza de la sociedad intelectual de su tiempo perdiendo de vista –una vez que la cabeza de Dios había sido ya cortada– la raíz evanescente, ontológica, proteica y creativa del ser humano. Su raíz absolutamente irracional que no podía ser medida por capital alguno. Contra ellos se rebela Sábato continuando la lucha ya emprendida por de Louis Pauwels y Jacques Bergier o el incomprendido y tantas veces mal leído Julio Evola de quien es necesario visitar su extraordinario *Révolte contre le monde moderne*¹⁷ para profundizar aún más en la

¹⁷ Precisamente, Evola, siguiendo a Nietzsche, en unas reflexiones que laten, por ejemplo, en el excelente análisis que realizó Philippe Nemo del problema del mal en su *Job et l'excès du mal* nos indica que es la ciencia moderna la que “ha degradado y democratizado la noción misma de saber, instalando el criterio nivelador de lo verdadero y lo cierto fundado sobre el mundo sin alma de los nombres y sobre la superstición del método positivo, indiferente a

filosofía defendida de Sábato y apuntar con precisión a las razones, el cómo y porqué a través del triunfo del racionalismo y del individualismo consecuente, el hombre fue apartándose del mundo supra-mundano que, en el fondo, suponía esclavizarse.

En realidad, Sábato no descubre nada nuevo. Simplemente se ayuda del corpus gnóstico que, por fuerza de una especie de milagro divino, fue rescatado en su mayor parte, precisamente en el siglo XX, como una especie de tesoro oculto donde los hombres pudieran alzar la vista a las razones de la autodestrucción, la bomba atómica, la guerra. Y es por ello –entendiendo, como creo se ha ido demostrando en este trabajo, que Sábato se apoya en la gnosis, desde la condición exiliada de su emplazamiento en América, la cainita– que me parece lógico que utilice, entre otras, la vía de la videncia – véase aquella reunión en *Abaddón* en que varios espiritistas se reúnen intentando enfrentarse a la fuerza que le hace imposible y se rebela ante los esfuerzos creativos de Sábato por atraparla, denunciarla– para llegar a enfrentarse al señor de los dos ámbitos: el demonio.

Precisamente, como ha destacado Élisabeth Laborde-Nottale en su intrigante *Le voyage et l'inconscient*, en la mayoría de los casos el manejo, arte e instrumento de “la videncia podría aparecer como el efecto de una depresión de la infancia, depresión ligada a una separación, a un luto o a un sentimiento de exclusión y de soledad”.¹⁸ Por lo que es lógico que sea esta vía la tomada por el Caín americano, en trance de superar su falta y comenzar a despojarse de sus vestiduras, sus ansias posesivas de madre o de carne que representa Sábato; o la elegida por tantos escritores hispanoamericanos para devolver al mundo occidental el reflejo real del mundo espiritual que han intentado negar donde se libra una batalla tan procelosa como en la tierra entre los demonios y los ángeles, en este caso, por el alma del ser humano.

todo lo que presenta (...) un carácter cualitativo y que tenga valor de símbolo. Es la ciencia la que, huyendo de las tinieblas de la ‘superstición’ y de la ‘religión’, expandiendo la imagen de la necesidad natural, ha destruido progresivamente y objetivamente toda posibilidad de comparación sutil con la fuerza secreta de las cosas, es ella la que ha alejado al hombre de la voz de la tierra, de los mares y de los cielos (...) Es la ciencia la que (...) ha hecho nacer la más peligrosa tentación a la que el hombre puede ser sometido: (...) confundir poder y fantasma de poder”, en Julius Evola, *Révolte contre le monde moderne* (Paris: Éditions L’Age d’Homme, 1991), 337. (Traducción hecha por el autor). De hecho, la teoría de Evola, mucho más rica y aguda en verdad que la de Sábato, precisamente desde el punto de vista científico, coincide en tantos puntos con la de Sábato que es imposible negarle un referente sobre muchas de las más caras ideas del autor argentino.

¹⁸ Élisabeth Laborde-Nottale, *La voyance et l'inconscient* (Paris: Éditions du Seuil, 1990), 175. (Traducción hecha por el autor).

Es esta vía anímica y espiritual, en suma, la única que puede abrir la comunicación entre dos hermanos opuestos pero que deberían ser complementarios, Occidente y América, el día y la razón, la noche y la rabia; y llevarlos a encontrar una tercera vía, acaso la oriental, o la que marca el destino de Seth, ni víctima ni asesino, y es, en muchos de los sentidos, la vía sugerida por Cristo o el Buda. Además es también una manera de bifurcar la palabra perdida del Caín americano, despojarla de su poder de significación tantas veces cuestionado y marchito y llevar a esta lengua, que es un cuerpo en que el hombre se pierde y se arraiga hasta perderse en él, a disolverse en un camino espiritual. Una manera de permitir al alma regresar al lugar donde partió, tierra occidental, para luego retornar al cuerpo tomando conciencia que la batalla cainita no ha de cernirse al deseo de regreso al cuerpo materno porque la madre es universal, inclusiva y jamás excluyente, sino de ser capaces de trascendernos a nosotros mismos, sea cual sea nuestra ubicación en el mundo. Esto es, intentar afirmar el espíritu a través de la carne que es la más enjundiosa lección que nos ha donado *El libro del buen amor*. De hecho, pienso que esta es la gran posibilidad planteada, como bien supo el surrealismo, por el advenimiento de Cristo y creo que esta es una de las últimas lecciones y la más dificultosa tarea con la que en la interpretación de muchos de los rituales gnósticos, se ha encontrado la crítica. Nos dice, por ejemplo, María Rosa Lojo en su esclarecedor artículo “Elaboración del mito gnóstico en Abaddón el exterminador” que muchos de “los adeptos al gnosticismo y del catarismo (...) en (su) convicción de que el espíritu pertenecía al mundo de la Luz, y el cuerpo al de las Tinieblas”, llegaron a realizar orgías dotadas de un sentido ritual, en que se adoraba “el semen (y aun (...)) la secreción genital femenina) donde se suponía que se hallaba cautiva la Luz”.¹⁹ Si bien, en este signo se ha querido leer muchas veces como un signo absoluto de rechazo al cuerpo, yo, en realidad, lo entiendo como una manera incestuosa pero gozosa de transgredir la ley mosaica e incitar a descubrir el ánima sexual, trascenderlo. No importa tanto la ley que obliga únicamente a procrear y dejar descendencia, sino importa que el acto en sí se vea dotado de un sentido supra-mundano y evanescente por el que, el hombre, como el Cristo, afirma la resurrección de la carne, la verdad transformadora del amor, a partir de su posibilidad de dotar de una dirección espiritual al acto sexual. Porque lo que se encarga de recordarnos Sábato es que al Cristo o al conocimiento no podemos llegar a través de texto o razón alguna sino a través del inconsciente que es el dominio del sueño, del mito frente a la ley del principio de realidad. En este sentido, Sábato está mucho más cerca de Jung que de Freud, que no pudo

¹⁹ María Rosa Lojo de Beuter, “Elaboración del mito gnóstico en Abaddón el exterminador”, *Revista Universitaria de Letras Argentina* III, 2 (octubre-noviembre 1985): 311.

evitar en su aproximación a los sueños intentar regular una interpretación de los mismos en torno a una ley que, más tarde fue ciencia, y que en la obra de Jung, al contrario, se forjan como realidad arquetípica que invade al individuo y cuya presencia no puede eludir si quiere aprehender la realidad en su totalidad, libérrima y plurívoca, más allá de toda ley. En realidad, ésta es la lucha y el debate que, en *Abaddón*, enfrenta a Sábato y a Beba con el doctor Arrambide y, en ciertas ocasiones, entre ellos mismos. Una realidad basada en una ley inamovible, o una ley que se mueve constantemente acorde con el ciclo planetario, la mítica, que deja siempre una puerta abierta al hombre para poder reinventarse, una puerta de salida por la cual preguntarse acerca de su origen y esencia, en el sentido de que no le impone comportamiento alguno sino que le abre la posibilidad de “un descubrimiento” y, a partir del mismo, le propone un conocimiento: una gnosis. Esto constituye un problema de radical importancia en el país argentino en cuanto aceptar esta segunda vía –que ya en parte representa América con su mero existir– porque significa atestiguar el pneuma divino y el temperamento y capacidad proféticas que permitirían liberarse de la esclavitud material a la mayoría de sus habitantes, consiguiendo imponer, al fin, su voluntad al poder. Desde luego, era un tema de radical importancia en un momento crucial para el país argentino, como el momento de la escritura de *Abaddón*, cuando las dictaduras se sucedían al tiempo que se radicalizaba la lucha ciega de los rebeldes –en cuanto esta vía prefiguraba el contraataque feroz y sin piedad de las potencias abelinas– para derrocarlas.

LA CLAVE APOCALÍPTICA

En realidad, y como he intentado demostrar, es a través de ese camino que Sábato llega de una manera alucinada, demente, prácticamente inaudita; a pronosticar, en mi opinión, los sucesos del terrible recuerdo que degeneró en la historia de los desaparecidos. De hecho, en aquella fascinante escena que abre la novela, en la que Barragán observa el dragón apocalíptico de siete cabezas levantarse sobre el cielo de Buenos Aires, ya se encuentran predichos estos sucesos. Es decir, cuando Sábato muestra al dragón cernirse en un rojizo amanecer sobre el rostro de Barragán y el mismo pronuncia sus famosas palabras –ya más avanzada la novela– para decirnos aquellas escalofriantes palabras: “Porque el tiempo está cerca, y este Dragón anuncia sangre y no quedará piedra sobre piedra. Luego, el Dragón será encadenado”,²⁰ yo no puedo evitar leer en ellas no una profecía sobre el mundo, sino sobre el futuro

²⁰ Ernesto Sábato, *Abaddón el exterminador*, en *Obra Completa Narrativa* (Buenos Aires: Seix Barral, 2000), 869.

de la Argentina. Es decir, veo allí representados los hechos trágicos ocurridos en la matanza de Ezeiza el día del frustrado retorno de Perón a la Argentina, la transición sangrienta y las luchas continuas entre las tropas revolucionarias y el gobierno de Isabel Perón, la llegada de Videla a la presidencia, el posterior advenimiento de Galtieri y, finalmente, el encadenamiento del dragón: la instauración de la democracia en el año 1983 y el advenimiento al poder de Raúl Alfonsín. Creo que se me podrá discutir esta interpretación, pero si leemos –en clave simbólica y argentina– toda la obra de Sábato, nos damos cuenta de que, en realidad, Barragán apunta a esto. Ahí radica la gran genialidad, la absoluta locura y maravilla de *Abaddón* a la que pocos han podido encontrar el sentido exacto que la premió como una de las obras más reveladoras, apocalípticas y verdaderas que se han escrito en este siglo. Y no estamos hablando, en este caso, de literatura. Estamos hablando del mal en su dimensión ontológica y de la capacidad que el hombre tiene, por medio del arte, de adelantarse a él, vencerlo y predecirlo.

Como sabemos, en el Apocalipsis de San Juan se nos dice que la bestia de la Tierra, a la cual llama el dragón demoníaco celeste, para inundar su fuego de perdición para la tierra es representado por la cifra seiscientos sesenta y seis. Como han indicado muchos exegetas del Apocalipsis, tomando como base el alfabeto hebreo una vez que ni en el hebreo ni en el griego existen signos gráficos especiales para indicar los números, se cree que este número viene a designar un nombre: César Nerón. Un hombre a quien todos recordamos, que se le atribuye haber perseguido enconadamente a los cristianos.

Creo que no hace falta recordar de nuevo el encono de Perón hacia el culto católico que motivó, como únicamente lo sabe el loco Barragán de una manera inconsciente y translúcida, la quema de las iglesias a las que asistimos en *Sobre héroes y tumbas* y ayudó a destapar uno de los sellos del Apocalipsis. Desde luego, volver a llamar la atención sobre la figura Cesarea Perón, tal y como la visualiza Sábato en su narrativa, parece innecesario. Ahora bien, lo que sí debemos resaltar es que dos meses después del advenimiento de la visión de Barragán, el peronismo, como sabemos tras ser liberado de su proscripción, triunfó de nuevo en Argentina, gracias a Cámpora, lo que significó el cauce perfecto para hacer retornar de nuevo a Perón al país desde su exilio en la España fascista de Franco. De esta manera, el 20 de junio de 1973 –prácticamente 20 años después, exactamente, de aquella quema de iglesias acaecida el día 16 de junio y de la excomunión de Perón por la iglesia católica– se produjo su vuelta frustrada que acabó desencadenando la famosa matanza de Ezeiza que anunció de una manera ya inevitable, una vez muerto Perón, el advenimiento del más terrible dragón: la dictadura de Videla de la

que, por ejemplo, aquellos sucesos del famoso motín de Trelew en el año 1972 y su posterior represión por las fuerzas armadas argentinas habían sido solo un presagio.

No es vano, que volvamos a leer el prólogo a *Nunca Más*, así se entenderá más todavía y en su justa medida todo el sentido del hacer narrativo de Sábato, y se recobrará el justo sentido de toda la obra narrativa sabatiana. Una ofrenda a la memoria en contra del olvido que es la única posibilidad de instaurar el perdón en la tierra, el año jubileo o el *shabbat* de toda una sociedad consagrado a la paz y que permitiría comenzar a vislumbrar el reino crístico. Precisamente, el Apocalipsis de San Juan apunta que para poder descifrar y llegar a conocer el nombre de la bestia, se necesita sabiduría, una gnosis. No creo, como hemos podido ir observando, que esa gnosis sea necesaria para realizar una mera identificación formalista entre aquella bestia del Apocalipsis y el César, Perón o, más tarde, Videla, sino en cuanto nos permite recordar que todo aquel país o individuo que se sume en el olvido, el camino de la ignorancia según la gnosis, acaba por ser esclavo del diablo, cuya realidad queda así atestiguada. Como, en parte, hemos ido observando en *Abaddón*, reconocerse, entonces, huérfano, lejos de hacernos más débiles, nos introduce en esa gnosis planteada por el Apocalipsis de San Juan para que pueda ser instaurada la vía del perdón, vencida la bestia y el dragón primordial del mal, y llegue resplandeciente la luz del cordero a los hombres al tiempo que el diablo cae a la tierra como un relámpago vencido por la reminiscente luz del conocimiento, la sabiduría, la gnosis.

Más de veinte años después de la aparición del libro *Nunca Más*, si de algo debe estar satisfecho el país argentino es de, a pesar de todos los males, desgracias y pesares, haber dejado abierta la vía democrática, la del diálogo y no haberse dejado sumir de nuevo en la vía dictatorial. Creo que, en suma, esta realidad y ya no mito alguno, es suficiente para seguir demostrando el poder valioso de todo arte cuya gnosis, considerada irracional por los parámetros cartesiano-rationales científicos, no deja lugar a dudas a partir de qué factores debe comenzar a construirse una sociedad.

El primero de ellos, la memoria; el segundo, la aceptación de quiénes somos; y el tercero, la aceptación del hermano, sea este de la raza o credo que sea, disponga de más o menos posesiones que nosotros, pues, en suma, lo que enseña toda gnosis al Caín que todos somos es a ir poco a poco desposeyéndose de sus deseos y “ego”, ir poco a poco apartándose de la madre tierra Eva, para comenzar a percibir aquella vida que fuimos y podemos volver a llegar a ser en el seno del pléroma. Una vida instaurable y posible en

el seno de las sociedades como mostró la venida de Cristo; si Caín decide olvidarse de vengar su afrenta diabólica y se decide a profundizar en la llama que late en su corazón; la pesadilla de toda razón, como comprendiera Goya, novelase Malraux y atestiguara Sábato en una obra que debería ser releída de tiempo en tiempo si queremos comprender cuál es la fuerza última y definitiva que instaura el tiempo de la paz: la vía del recuerdo total.

Alejandro Hermosilla Sánchez
Universidad de Murcia
Dirección: Avda. Teniente Flomesta, nº 5
30003 Murcia
ESPAÑA
E-mail: adler136@hotmail.com

Recibido: 11 de diciembre de 2006
Aceptado: 25 de octubre de 2007